

Sobre “Kristina Lavransdatter”, de Sigrid Undset

Inés de Cassagne

(De la serie “Recepción y discernimiento de textos literarios y temas humanísticos”.

6ta. serie, 1ra Edición. Del Umbral, 2008)

Todo haría pensar en una obra "distante". Sigrid Undset (1882-1949) fue una novelista noruega a quien le acordaron el Premio Nobel de Literatura en 1928; para más, nos sitúa en la Edad Media; y se trata de una trilogía, con nombres difíciles y lugares ignotos... Sin embargo, Kristina Lavransdatter conquista a los lectores de hoy. La traducción inglesa realizada para "Penguin" por Tina Nunnally que mereció el premio Pen en el 2000, fue un éxito de librería en los Estados Unidos. Pero más allá de este resultado (que podría provenir de la propaganda), lo he comprobado experimentalmente: temía dar a leerla, y me sorprendió el inmediato interés que suscitó¹. Es que Undset tiene el don de "dar entrada" en los ambientes y en los corazones. A pesar de las complicadas genealogías, de las toponimias extrañas, de la diferencia de siglos, la distancia que media entre el siglo XIV y el siglo XXI parece evaporarse. Uno está allí... Uno camina y tropieza con piedritas y entra en el bosque, y oye el arroyo, y recorre los sitios; y se sienta en la casa, y se calienta al fuego, y huele las gachas y toma cerveza, participando de las conversaciones y de las intrigas. Realmente Sigrid Undset es una formidable paisajista que nos hace viajar y conocer Noruega —sus montañas y sus fiordos—... Y es una erudita en historia que nos traslada al 1300 logrando que comprendamos y aceptemos las costumbres y modalidades de vida, hasta meternos en la piel de los personajes. En cuanto a los sentimientos y conflictos de éstos: son los mismos que los nuestros... y hacen resonar nuestras fibras más secretas. Así, constantemente sentimos, al leer, el impacto de una doble y combinada atracción: lo familiar y lo ajeno, lo esencial siempre actual, y lo propio de la época.

Orden y Jerarquía

En lo que toca a las diferencias históricas, ante todo llama la atención la fuerte impronta del orden, la inserción de la vida en un marco ordenador —tanto cósmico como moral—, y ello conformando una vivencia religiosa de respeto y sacralidad, más allá de las consabidas miserias, dudas y errores humanos y, capaz, por ello, de rectificarlos y corregirlos desde lo íntimo...

Se da en esta obra, ilustrada, la tesis de Paul Louis Lansberg: "La Edad Media es época de afirmación, de amor, de consentimiento al ser real y a la Revelación". Este autor es contemporáneo de Sigrid Undset y, como ella, un converso a raíz de haber estudiado este período de la historia que lo maravilló y convenció. Para penetrar más a fondo en el universo de la novela, contamos, pues, con sus precisiones acerca del sentido del orden y jerarquía:

"La idea central, la clave que nos abre la inteligencia del pensamiento, de la visión del mundo y de la filosofía en la Edad Media, es la creencia de que el mundo es un cosmos, un todo ordenado con arreglo a un plan, un conjunto que se mueve tranquilamente según leyes y ordenaciones externas, las cuales, nacidas en Dios, tienen también en Dios su referencia final.

¹ En castellano, contamos con la publicación española de Editorial Encuentro, en tres volúmenes -correspondientes a las tres partes: *La Corona*, *La Mujer* y *La Cruz*-, y con la chilena, de Editorial Andrés Bello, dividida en dos volúmenes. Ésta es la que yo cito.

"La confianza apriorística de que en el mundo por doquiera limitado, reina el orden, constituye el grandioso optimismo metafísico del mundo medieval, sobre cuyo fondo se destaca parejo el pesimismo moral"².

"Para el hombre de la Edad Media, el orden del mundo es un orden teleológico. Todas las cosas están ordenadas a un fin supremo". Por un lado, cada cosa es un fin en sí misma y está adecuadamente provista para realizar su excelencia y perfección. Ninguna cosa agota su esencia con existir para otra. Pero, aparte de Dios, no hay tampoco cosa alguna que sea exclusivamente un fin en sí misma; cada cosa sirve a otra más alta. Así el mundo de las cosas inertes, junto al de las plantas y animales, sirve al hombre. A su vez, dentro del hombre, los órganos inferiores sirven a los superiores: por ejemplo la sensibilidad sirve al entendimiento y los pulmones al corazón. Los instintos deben, pues, someterse todos a la razón.

En el seno de la humanidad hay dispuesta una jerarquía eterna y firme de señorío y servidumbre entre el pueblo, los nobles y los eclesiásticos. Finalmente, la naturaleza toda... glorifica a Dios... por su mera existencia y esencia, en la cual se refleja la suma bondad. Al mismo tiempo, las criaturas dotadas de razón tienen a Dios como fin último de un modo especial, pues pueden encaminar su vida a Dios por libre decisión y alcanzarle con conocimiento amoroso (Summa theologiae I, 65,2)" (id, 20/1).

En la novela de Undset se indican constantemente dos ciclos en que se encauza la vida: el de las estaciones y el de la liturgia. A cada paso nos topamos con referencias a las fiestas de los santos —y esto tan naturalmente que no se juzga necesario decir de qué fecha se trata... Tal como también puede observarse en Libros de Horas miniados de aquella época (como los del Duc de Berry, de fines del 1300—: los trabajos y su fruto están pintados en cuadros sobre los cuales aparece el cielo, con el carro del sol y los signos del zodiaco), igualmente aquí, la siembra y la cosecha —y lo demás— están unidas a la fiesta litúrgica. Al respecto explica Landsberg:

"... el hombre de la Edad Media primariamente se siente como sujeto de la gracia, como algo eterno en órdenes eternos... (p. 22) 'Sicut erat in principium et nunc et semper et in saecula saeculorum. Amen. En esta sencilla frase litúrgica está el enlace con lo eterno, que el hombre de la Edad Media sentía y que tanta falta nos está haciendo a nosotros".

En la saga, el que lo vive cabalmente es Lavrans, padre de la protagonista. Resulta el personaje más atractivo y simpático de la novela, no por sus aventuras, sino por su tranquila dedicación al cargo y servicio que le ha sido asignado. Tiene la convicción de ser un eslabón de la tradición viviente, de haber recibido sus tierras como una herencia que, a su vez, habrá de transmitir. No se siente, pues, dueño, sino administrador, y responsable, como quien ha de rendir cuentas al cabo. Sus cualidades: ser piadoso para con Dios, fiel a su rey y fiel a su esposa, respetuoso y cortés con ella; esforzado trabajador, siempre al frente de sus labradores, "bueno y caritativo" con ellos y también alegre y dispuesto a acompañarlos cantando y bailando en las fiestas; su hospitalidad, su especial atención a los ancianos y a los pobres; capaz de tomar las armas para defender lo que se le ha encargado cuando está en juego la justicia... Fallas humanas impiden verlo como un rígido modelo: al contrario, pero las cualidades antedichas lo constituyen en auténtico "señor" pues le confieren una autoridad que todos le reconocen, y no sólo en vida.

² Paul Louis Landsberg: *La Edad Media y nosotros*, p. 18-19.

Llama la atención la presencia de Lavrans después de su muerte: todos recuerdan sus dichos y hechos, los dan como válidos, y también experimentan su íntima influencia, como estímulo y apoyo.

Las Edades de la Vida

Según lo dicho, hay un marco ordenador que regula la vida en cuanto al espacio y al tiempo, y de ello deriva bastante estabilidad y seguridad. Se habita una heredad —compartida con los que trabajan—, y este espacio abarca la casa familiar y los anexos para las múltiples tareas derivadas de los productos rurales; el campo donde se siembra y se cosecha, y se crían animales, y los talleres, y el entorno donde se caza o se pasea. Se cuenta también con un ciclo temporal que no falla: las estaciones vuelven reproduciendo las posibilidades naturales —bendiciones de Dios, que se imploran y agradecen... Sobre este fundamento avanza la vida sobre los rieles del tiempo: no ya el tiempo que retorna, sino el que es único y hay que aprovechar para conocer, aprender, orientarse, crecer, desarrollarse, corregirse...

De esto se trata en la saga: describe el proceso existencial de la protagonista, con sus familiares y allegados. Undset presenta una "trilogía", cuya primera parte, *La corona*, llega hasta el casamiento de Kristina. Ella es en verdad "Kristina hija de Lavrans" (lo que significa el patronímico, que una mujer nunca perdía en ese entonces) pues contó con el amor, el ejemplo y el apoyo de su padre, bajo cuyo manto protector y guía fue tomando contacto con la realidad, aprendió todos los oficios campestres, (además de los domésticos que le transmitió su madre), y sobre todo incorporó sus sentimientos fundamentales: religiosidad, sinceridad, honradez, valentía, firmeza... Colaboraron en su formación: el párroco que le enseñó a leer, fray Edvin que la alentó a la santidad; y, ya adolescente, tuvo oportunidad de completar su educación bajo la dirección de una gran educadora, Dama Groa, en una estadía en su convento.

Lo que por entonces le ocurrió a Kristina es comprensible: Erlend la sorprendió en el momento en que "empuja el impulso vital y la persona joven siente abiertas ante sí grandes posibilidades, y todo es tomado con idealismo, en absoluto, incondicionalmente; y... sin experiencia". ¿Cómo no enamorarse de alguien tan apuesto y cortés?, ¿cómo no confiarse del todo en este joven tan caballeresco? La contraparte del absolutismo juvenil, ilimitado e incondicional, es en palabras de Romano Guardini: "que se salta por encima de la realidad; no se ve con exactitud el ser propio —lo que puedo como lo que no puedo—, ni tampoco la realidad del ambiente y de los demás... La actitud entera es idealista, tomando la palabra tanto en sentido negativo como positivo"³.

Lástima no haber aprovechado las ayudas de quienes la querían —de Simón, el prometido que renunció a ella sin infamarla; ni la de su padre, que no le hizo reproches; ni la del santo fraile que la animó a sincerarse ante Dios. Lástima, sobre todo, no aceptar nunca de veras el perdón de Dios. De hecho fue ella quien no se perdonó nunca a sí misma por orgulloso perfeccionismo.

Esto se ve en la segunda parte de la trilogía, titulada *La mujer*. La insatisfacción de Kristina ensombrece lo que, de otro modo, hubiera sido, una etapa feliz: recién casada, cuando el marido la instala con todo honor y poder en su heredad de Husaby, y ella se hace cargo de todas sus responsabilidades de señora, convirtiendo esa casa y esas tierras —antes abandonadas— en un pujante emprendimiento agrícola.

Presa de recurrentes y no correspondientes sentimientos de culpa, Kristina descarga en su esposo constantes reproches. A su alrededor todos se dan cuenta de que este Erlend, antes cabecita ligera, gracias al influjo de

³ Romano Guardini: *Las edades de la vida*, Madrid. Ediciones Cristiandad, 1970, p. 76.

su mujer, cambia y asume a su vez todos sus deberes señoriales. Pero a Kristina le cuesta reconocer estos progresos de su marido y hasta da la impresión de que no le permite evolucionar, al tratarlo con tantas exigencias. A pesar de amarlo y saberse amada por él, de verse respetada y tratada con galantería, deja crecer en su interior un rencor por lo pasado, una amargura que le impide gozar de lo bueno y sólo subrayar los defectos. "Despótica... —le dice un día él— Dios sabe cuánto te amo, Kristina, pero veo que eres despótica y que jamás me has perdonado... Es un pecado alimentar y guardar para recordarlos los pecados que se han confesado y expiado ante Dios y de los que se ha obtenido la remisión, de la mano y de labios del sacerdote..." (II, p. 50).

Ciertamente, tal despotismo deriva de la personalidad y las condiciones mismas de la protagonista. En Kristina había pasta de jefa, de guía, de maestra, y tenía ocasión de ejercerla en aquella "época feudal en que se veía a las mujeres comprando, vendiendo, haciendo contratos, administrando sus dominios y haciendo testamento con toda libertad". También "ejerciendo profesiones y votando en sus gremios". Una profesión bien femenina era la de "médica", y justamente Kristina se destacaba y era muy reputada en el "arte de curar", sobre todo gracias al conocimiento y aplicación adecuada de las hierbas curativas. Nuestra protagonista ilustra también lo demostrado por los investigadores: que en la Edad Media la mujer llegó a ser "la dama" y la "reina del hogar" al expandirse y encarnarse "la mentalidad que ya había sido esbozada alrededor del año 600 por San Isidoro de Sevilla. Este gran doctor expresó que, en el matrimonio, la esposa es "socia". Sus textuales palabras son: "nec domina nec ancilla, sed SOCIA". (ni ama ni esclava, sino socia)"⁴.

Pero, disfrutando de esta situación y autoridad moral, tanto más grave es el abuso. Tan competente es Kristina que raya en el perfeccionismo despótico. Le falta comprensión, y se extralimita al tratar con menosprecio y constantes quejas al cónyuge. Ello constituye un lamentable "acoso moral"⁵, que dos veces causa consecuencias muy graves e irreparables.

La Peregrinación

Haciendo un balance a lo largo de los años, mucho ha conseguido Kristina a base de empeño, esfuerzo y obstinación; pero ha malogrado muchas posibilidades por falta de docilidad a la realidad —circunstancias y personas, dones y gracias—. Ateniéndonos a las descripciones de Guardini, diríamos que si bien su personalidad ha ido madurando hasta la edad de "mujer responsable", por el contrario su temperamento sufre con dificultad y se encabrita ante los límites, y por esta razón, Kristina no ha alcanzado la "edad de la serenidad" —como en cambio llegara su padre, a pesar de tener ella ahora sus mismos años—. No cesa de planear y dirigir, controlar y tratar de dominar, al punto de reconocer, ya viuda y con sus hijos grandes, que está "disgustada por no haber podido salirse con la suya hasta el final". (p. 595)

Es entonces cuando busca otra alternativa: "ser iluminada", en lugar de proyectar la luz de sus planes. Éste es el sentido de su partida en peregrinación. En el momento de separarse de su casa y de su hijo, se siente desgarrada entre lo que deja y lo que le espera, pero marcha, y, ya en camino experimenta lo que todos los peregrinos: que este "andar por el agro" es a la vez realidad empírica y metáfora espiritual:

"Kristina experimentaba una rara sensación: veía los objetos exteriores con una claridad extraordinaria: el aire vibrante de luz, el perfume cálido del bosque de pinos, el roce de los pajaritos por entre las matas. Al mismo tiempo veía lo que ocurría en el fondo de su ser; como ocurre a veces... Veía una casa vacía,

⁴ Régine Pernoud: *La femme au temps des cathédrales*, Paris, Stock, 1980.

⁵ Cfr. Marie France Irigoyen: *Le harcèlement moral (la violence perverse au quotidien)*, Paris, Syros, 1998.

silenciosa, oscura y que olía a soledad. Veía una costa de la que el mar se había retirado muy lejos; sólo quedaban en la playa unas piedrecitas blancas, montones de algas oscuras, sin vida, y toda clase de restos arrojados por las olas... Kristina se colocó el saco con más comodidad, agarró el bastón y empezó el descenso..." (II, p. 585).

Más adelante, otro paisaje concreto se vuelve paisaje del alma:

"A pesar de su obstinación, su corazón inquieto había terminado por distinguir una tenue luz del amor que había visto en el alma de su padre, resplandeciendo claro y plácido como el cielo luminoso que se reflejaba, a lo lejos, sobre el gran lago". (II, p. 591).

Finalmente:

"El último destello del día se quebraba, palidecía en un arroyo de la montaña... Nuevamente Kristina se sintió presa por aquellas visiones... El arroyo no era sino una imagen de su propia vida. También ella había corrido sin tregua ni descanso a través de los espacios desiertos de aquel mundo; se había rebelado contra todos los obstáculos que cruzaban su camino; la claridad divina sólo se reflejaba, pálida y hecha pedazos, en su vida. No obstante, sentía oscuramente que por sus angustias, sus preocupaciones, su amor..., todas las veces que el fruto del pecado se trocaba en dolor, su alma obstinada y ligada a la tierra conseguía captar un rayo de luz celeste". (II, p. 590).

En otras palabras: se le presenta el camino de la Cruz. Y así se llama la última fase de la trilogía, que constituye el desenlace y la develación del misterio de la existencia. Dejo a cargo de los lectores proseguir los últimos tramos de este itinerario, tan lleno de sabiduría y belleza, y descubrir, junto con la protagonista, los atisbos definitivos de la Luz...

De este modo captaremos a fondo lo que se propuso Sigrud Undset y completaremos el cuadro que quiso hacer de Noruega en el Medioevo. Sabido es que este reino —evangelizado por San Anscario y sus compañeros en el siglo IX—, recién aceptó la fe tras haberlo hecho Olaf: el vikingo guerrero instauró un reino independiente de los suecos, convirtiéndose así en primer rey y mártir de Noruega, alrededor del año 1000. Así los escandinavos entraron a formar parte de la civilización, y Undset los pinta 300 años más tarde. El santuario que guardaba los restos de San Olaf —cuya fiesta es el 29 de julio— se encontraba en Nidaros, al norte, sobre el fiordo de Trondheim, y era la meta de incesantes peregrinos como los descritos en la novela. Pero en 1537, se impuso en Noruega el luteranismo, y la venerable catedral fue abandonada. Quedó en ruinas, hasta que a fines del siglo XIX el Estado decidió restaurarla, por motivos culturales, y hoy en día se realizan propuestas turísticas siguiendo los antiguos caminos de acceso⁶. No es de extrañar que la autora se haya visto impulsada a revivir las épocas de fe y pintar, en el centro de esta vivencia, aquella maravillosa catedral gótica —la Iglesia de Cristo, en cuyo tímpano nos recibe San Olaf, en su trono, mostrando la Cruz que entronizara en su patria la que Kristina consiguió al fin entronizar en su corazón.

⁶ *On the Pilgrim Way to Trondheim*, Trondheim, 1998.